

PATRICIA ESPINOSA

Consciente de las "dificultades" de un lector actual frente a una novela de más de mil páginas, Germán Marín (1934) decide dividir en tres volúmenes su **Historia de una absolución familiar**, de la cual ya han aparecido dos tomos: **Círculo vicioso** (1994) y, hace muy poco, **Las cien águilas**, título sacado del himno de la Escuela Militar Bernardo O'Higgins donde el autor y el personaje principal fueron alumnos.

Si bien en este proyecto de trilogía narrativa, Germán Marín opta por conjugar verdad y ficción, es esta última la que predomina y determina la condición global del relato. Ambas novelas, aun cuando presentan datos fidedignos de la biografía del autor o de la historia cultural chilena y latinoamericana, subordinan tal realismo a la ficción novelada.

Pero antes de entrar en **Las cien águilas**, echemos una breve mirada a la primera parte de esta serie.

Círculo vicioso, se nos aparece hoy como una especie de pórtico a **Las cien águilas**. Un soporte necesario, que hasta puede ser entendido como una larga preparación para la entrada triunfal, en el segundo tomo, del "oscuro muchacho".

En **Círculo vicioso** se establece un contrapunto entre la palabra de Germán Marín en su vejez, exiliado en Barcelona, y el relato que su padre le hace respecto al tronco italo-chileno Marín-Sessa. Dos monólogos constituyen esta novela, en la cual cada fragmento es precedido de fechas, que si bien no poseen la continuidad del día a día, marcan una periodicidad que cumple una función similar a la de un diario de vida. Pese a que las intervenciones de Marín son de menor extensión que las de su padre, logran imponerse como el eje del libro, principalmente porque es él quien permite la existencia del habla paterna y, en último término, de la obra. Un discurso que entremezcla el dolor del exilio, la nostalgia por el pasado y la conciencia del acto de la escritura. A partir de esta primera parte ya se deja ver como un pretexto el proyecto de historiar a una familia. Lo que se va gestando es, en definitiva, el propio Germán Marín, quien de modo tan hábil como artificioso (en el buen sentido del término) ha esperado el



No hay primera sin segunda

momento preciso para surgir como protagonista absoluto.

De una misma figura

En **Las cien águilas**, se privilegia al muchacho y al viejo Germán Marín, dos

caras de una misma figura que pese al distanciamiento tienen al dolor y al hastío como el gran punto de calce. Y si para el joven había urgencia por vivir, desasosiego por el sexo, rencor contra los padres o hacia la emperifollada clase media capitalina de los 50, al adulto también le urge lo mismo, pero de un modo diferente. Hay mayor análisis y profundidad en su habla, incluso más agudeza. Sin embargo, en los dos momentos se impone un agradable tiempo en la escritura, una especie de calma en el narrar, desprendida de cualquier presión. El autor se toma el pasado de manera minuciosa y detenida, llevándonos hacia una literariedad autonomizada, que logra distanciarse del tiempo mundano.

Siguiendo la tendencia contrapuntística que lo caracteriza, Marín, en innumerables oportunidades y como parte del proyecto general, exhibe una estrategia ficcional basada en claros presupuestos posestructuralistas, con lo cual transgrede el implícito carácter

decimonónico de realizar la gran historia de una familia. Dentro de este esquema, se

Germán Marín, en este nuevo volumen, realiza un trabajo de escritura meditada, quieta y reflexiva, alcanzando momentos de excepción al reproducir la instantaneidad de lo vivido. Las cien águilas problematiza a la novela como género y quizás hasta el sentido, hoy en día a la deriva, de toda una generación.

comprende mejor la presencia de un tercer personaje: Venzano Torres, alter ego de Germán Marín y una especie de socias, avocada en México, que se encarga principalmente de elaborar un pequeño prólogo crítico/teórico a la obra y persona de Germán Marín, además de las notas que suceden a cada capítulo. Estas, por su parte, constituyen otra de las estrategias del autor para hábilmente dosificar el poder del protagonista. Su presencia aquietta los excesos cultistas del personaje en su adultez y de paso refuerzan la idea de una obra intervenida desde múltiples voces. La palabra de Marín desborda citas

bibliográficas, cinematográficas, musicales, semánticas o literarias, a la par que registra todo tipo de elementos propios de la cultura del pastiche.

El personaje vive una suerte de encierro obligado que sólo es capaz de romper al pasear por la ciudad y recoger imágenes que lo devuelven una y otra vez al pasado que, a pesar de todo, fue la mejor época de su vida. Marín se expone ahora, desde su exilio durante el período 1983-85 como el "escribiviente". Término preciso para revelar la condición presente del narrador. La escritura es así, un acto de vivencia y a su vez de sobrevivencia. Es justamente la literatura la que raya la cancha entre el pasado

y el presente. Fundamentalmente, el autor remarca la idea de que no hay un proyecto totalmente acabado antes de la novela, ya que ésta se va armando poco a poco en el acto mismo de su escritura y de la vida. Un proceso que no concluye, aun cuando podamos verla como una obra ya finalizada.

El título de este libro puede llevar a equívocos porque no es una novela militar y aún cuando sí aborda el tema, no se queda ni en detallar la vida de cuartel ni en la justificación de sus rencores hacia la incomprensible racionalidad de la estructura jerárquica. Ingresar a la escuela militar durante los 50 ya sea por el tedio, la quebra de la familia o el vacío social, es sólo uno más de los sucesos de la novela o

de las fases de un proceso de formación. Tras la búsqueda expulsión, en el penúltimo año de la escuela, el adolescente se introduce en la literatura. Desde esta perspectiva podría considerarse que pasar por lo militar constituye un duro proceso de iniciación, necesario para luego acceder al arte.

Equilibrio necesario

Estamos frente a un tipo de literatura sobrecodificada y sobre "decodificada" ya que casi se lee ella misma; sin embargo, no excedida porque el autor ha sabido mantener el equilibrio necesario que permite que, pese a todo, haya espacio para la intervención del lector.

Si obligadamente hubiese que establecer un contraste entre ambos libros, habría que señalar que **Las cien águilas** supera a **Círculo vicioso**. Hay una mayor claridad en la presentación de las anécdotas y profundización en el desarrollo de los personajes. Al privilegiar, además, el relato en primera persona, de dos épocas antagónicas de un mismo individuo, se consigue construir gradualmente una especie de columna vertebral a partir de la cual no deja de exponerse el camusiano existencialismo del protagonista. Germán Marín, en este nuevo volumen, realiza un trabajo de escritura meditada, quieta y reflexiva, alcanzando momentos de excepción al reproducir la instantaneidad de lo vivido, por medio del desplazamiento de los tiempos verbales en pasado y la reubicación del habla en la sincronía pretérita.

Las cien águilas problematiza a la novela como género y quizás hasta el sentido, hoy en día a la deriva, de toda una generación. A estas alturas los dos volúmenes constituyen uno de los mejores ejemplos de la trilogía novelada y un aporte brillante para la novela anunciada en la tercera parte.

Las cien águilas.
Germán Marín,
Editorial Planeta,
Santiago 1997,
385 páginas.

